

puesto en los escaparates de una tienda lado por lado de Lamartine, ilustre y querida compañía. El retrato *contrahecho* de esta reimpresión prusiana era algo menos feo que todas esas horribles caricaturas que los comerciantes de estampas y los librerías, comprendidos entre ellos mis editores de París, venden al público crédulo y espantado como si fuesen mi más exacto parecido; abominable calumnia, contra la que protesto aquí solemnemente: *Cœlum hoc et conscia sidera testor.*

Aquí vivo como un perfecto alemán. Como con servilletas grandes como pañuelos, y me acuesto entre sábanas grandes como servilletas. Como pierna de carnero con guindas y liebre con manzanas, y bebo excelente vino del Rin y excelente vino del Mosela, que un francés ingenioso, comiendo ayer cerca de mí, llamaba *vino de señorita*. Ese mismo francés, después de haber probado su vaso, formuló este axioma: *El agua del Rin no vale lo que el vino del Rin.*

En las posadas, dueño, dueña, criados y sirvientes solo hablan alemán; pero hay siempre un mozo que habla francés, francés que a la verdad tiene un ligero matiz tudesco, por encima del cual flota; pero esta variedad no deja de tener su encanto. Ayer oí á ese mismo viajero, mi compañero, preguntar al mozo, señalándole el plato que acababa de servirle:

—¿Qué es esto?

El mozo contestó con dignidad:

—*Son perrillos.* (1)

Eran pichones.

Por lo demás, un francés que, como yo, no sabe el alemán, pierde el tiempo si dirige al "primer mozo", como se le llama aquí, otras preguntas que las previstas é impresas en la *Guía de viajeros*. Este mozo está sencillamente barnizado de francés; por poco que se le quiera profundizar se encuentra al alemán, al alemán puro, al alemán inflexible.

Llego ahora á mi segunda visita á la catedral de Colonia.

Volví por la mañana.

Se penetra en esta iglesia, que es una obra maestra, por un patio ruinoso. En él los pobres te asedian. Distribuyéndoles algunas monedas del país, me acordé que antes de la ocupación francesa había en Colonia doce mil mendigos, que tenían el privilegio de transmitir á sus hijos

(1) La pronunciación de *bichons* y *pigeons* es muy parecida en francés. —(N. del T.)

los sitios fijos y especiales que cada uno de ellos ocupaba.

Esta institución ha desaparecido.

Las aristocracias se derrumban.

Nuestro siglo ha respetado tanto la miseria hereditaria como la pairía hereditaria.

Ahora los pordioseros no saben ya qué legar á sus familias.

Al salir de los pobres se penetra en la iglesia.

Un bosque de pilares, columnas y columnitas, enmarañadas en su base por empalizadas de tablas y perdiéndose en su cúspide en un intrincado laberinto de bóvedas rebajadas, hechas con tablas delgadas de maderas blancas y con curvas diferentes y alturas desiguales; poca luz en la iglesia; todas esas bóvedas bajas que no dejan subir la mirada más allá de cuarenta pies; á la izquierda cuatro ó cinco vidrieras deslumbradoras, descendiendo del cielo raso de madera al pavimento de piedras como anchas placas de topacios, esmeraldas y rubíes; á la derecha un semillero de escalas, poleas, cuerdas, vigas, cábricas y palancas; en el fondo el canto llano, la voz grave de los chantres y los prebendados, el hermoso latín de los salmos atravesando la bóveda por capas mezclado con las ondas de incienso, un órgano admirable llorando con inefable suavidad; en primer término el rechinar de las sierras, el gemido de las cábricas y de las gruas, el ruido atronador de los martillos sobre las tablas; hé aquí cómo se me apareció el interior de la catedral de Colonia.

Esta Catedral gótica unida á un taller de carpintero; esta noble canonesa brutalmente enlazada con un albañil; esta gran señora obligada á asociar con paciencia sus costumbres tranquilas, su vida augusta y discreta, sus cantos, su oración, su recogimiento, á esas herramientas, á ese alboroto, á esos diálogos groseros, á ese trabajo de mala compañía; toda esa *mescolanza* produce al pronto una rara impresión, que experimentan los que, como nosotros, no vemos edificar iglesias góticas, y que se disipa en el momento que se piensa que después de todo es lo más sencillo del mundo.

La grua del campanario tiene una significación. Continúa la obra interrumpida en 1499. Todo ese tumulto de carpinteros y picapedreros es necesario. Prosigue la catedral de Colonia y, Dios mediante, se terminará. Nada mejor si la saben acabar.

Esos pilares sosteniendo esas bóvedas

de madera son la nave bosquejada que reunirá un día el ábside al campanario.

Examiné las vidrieras, que son del tiempo de Maximiliano y pintadas con la robusta y magnífica exageración del Renacimiento alemán. Allí abundan esos reyes y esos caballeros de rostros severos, aposturas soberbias, penachos monstruosos, lambrequines feroces, morriones exorbitantes, espadas enormes; armados como verdugos, encorvados como arqueros y cubiertos como caballos de batalla. Tienen cerca de sí á sus mujeres, ó mejor dicho, sus hembras formidables, arrodilladas en los rincones de los vidrios, con perfiles de leonas y lobas. El sol pasa á través de estas figuras, inflama sus pupilas y las dá vida.

Una de esas vidrieras reproduce ese bello asunto, que ya he encontrado tantas veces, la genealogía de la Virgen. Al pié del cuadro de gigantes, Adam, en traje de emperador, está echado de espaldas. De su vientre sale un gran árbol, que llena todo el vidrio, y por sus ramas aparecen todos los antecesores coronados de María. David tocando el arpa, Salomón pensativo: en el alto del árbol, en un compartimiento azul fuerte, se entreabre la última flor y deja ver á la Virgen llevando al Niño.

A algunos pasos de distancia lei en un grueso pilar este triste y resignado epitafio:

INCLITVS ANTE FVI COMES EMVNDVS
VOCHATVS, HIC NECE PROSTRATVS, SVB
TEGOR VT VOLVI, FRISHEIM, SANCTE,
MEVM FERRO, PETRE, TIBI COMITATVM,
ET MIHI REDDE STAVM, TE PRECOR,
ATHEREVN. HEC LAPIDVM MASSA
COMITIS COMPLECTITVR OSSA.

Trascribo este epitafio tal como lo encontré colocado en una losa vertical de piedra, como prosa, sin indicación de los exámetros y pentámetros algo bárbaros que forman los dísticos. El verso de cesura que rima y cierra la inscripción encierra una falta de cantidad, *massa*, que me ha admirado, porque la Edad Media sabía hacer versos latinos.

El brazo izquierdo del crucero solo está indicado y termina por un gran oratorio, frío, feo, desabrido y mal amueblado, que tiene algunos confesionarios cerca. Me apresuré á entrar de nuevo en la iglesia, y saliendo del oratorio, tres cosas me chocaron casi á la vez: á mi izquierda un precioso púlpito pequeño del siglo diez y seis, muy espiritualmente concebido y muy delicadamente ta-

llado en encina negra; un poco más lejos la verja del coro, modelo raro y completo de la exquisita cerrajería del siglo quince; frente por frente de mí una bellísima tribuna de pilastras rechonchas y arcadas bajas del estilo de nuestro atrasado Renacimiento, que supongo sería practicado allí por la triste reina refugiada María de Médicis.

A la entrada del coro, en un elegante armario de pésimo gusto, deslumbra y reluce una verdadera Madona italiana, cargada de lentejuelas y oropel, lo mismo que su bambino. Debajo de esta opulenta Madona, con brazaletes y collares de perlas, han colocado aparentemente como antítesis un macizo cepillo para los pobres, labrado en el siglo trece, adornado de cadenas y candados de hierro y medio empotrado en un bloque de granito groseramente esculpido. Diríase que es un tajo abierto en una piedra.

Al levantar los ojos ví colgar de la ojiva por encima de mi cabeza algunos báculos dorados, suspendidos por un extremo á una varilla transversal. Al lado de estos báculos hay esta inscripción:

Quot pendere vides baculos, tot episcopus annos huic Agrippina praeuit ecclesiae.

Me gusta esta manera severa de contar los años y de hacer perpétuamente visible á los ojos del arzobispo el tiempo que ya ha empleado ó perdido. Tres báculos colgaban á la sazón de la bóveda.

El coro es el interior de ese ábside célebre que es todavía ahora, por decirlo así, toda la catedral de Colonia, puesto que al campanario le falta la aguja y la nave y el crucero á la iglesia.

En este coro abundan las riquezas. Las sacristías están llenas de enmaderamientos de ensambladuras delicadas, las capillas de esculturas severas; cuadros de todas las épocas, tumbas de todas las formas; obispos de granito acostados en una fortaleza; obispos de piedra de toque acostados en un lecho, llevado por una procesión de figurines llorosos; obispos de mármol acostados bajo un enrejado de hierro; obispos de bronce acostados en tierra; obispos de madera arrodillados delante de los altares; lugartenientes generales del tiempo de Luis XIV reclinados en sus sepulcros; caballeros del tiempo de las Cruzadas yacen con su perro, que se frota amorosamente contra sus pies de acero; estatuas de apóstoles vestidos con trajes de oro; confesionarios de encina con columnas torneadas; nobles sillas de coro canónicas; pilas bautismales góticas

que tienen la forma de un féretro; retablos de altar cargados de estatuas pequeñas; hermosos fragmentos de vidrios; Anunciaciones del siglo quince sobre fondo de oro, con las ricas alas multicolores encima, blancas debajo y su ángel que mira y casi codicia á la Virgen; tapicerías pintadas con dibujos tomados de Rubens, verjas de hierro que parecen de Metzis-Quentin, y armarios con hojas pintadas y doradas que parecen de Franc-Floris.

Todo esto, forzoso es decirlo, está vergonzosamente destrozado. Si alguno construyó la catedral de Colonia por fuera, no sé quién la demolió por el interior. No hay una tumba cuyas figuras no estén arrancadas ó tronchadas; no hay una verja que no esté mohosa donde había sido dorada. El polvo, la ceniza y la basura se encuentran en todas partes. Las moscas deshonran la faz venerable del arzobispo Felipe de Heinsberg. El hombre de cobre que está acostado sobre la baldosa de piedra, que se llama Conrado de Hochstetten, y que pudo edificar esta catedral, no puede hoy destruir las arañas que le tienen ligado en tierra, como á Gulliver, por sus innumerables hilos. Ay de mí! los brazos de bronce no valen lo que los brazos de carne.

Estoy en la creencia de que una estatua barbuda de viejo tendido á lo largo, rota y mutilada, que he distinguido en un rincón oscuro, es de Miguel Angel. Esto me recuerda que en Aix-la-Chapelle ví echadas en un ángulo del viejo claustro-cementerio, como troncos de árboles que esperan ser cortados á escuadra, esas famosas columnas de mármol antiguas tomadas por Napoleon y recordadas por Blücher. Napoleon las tomó para el Louvre, Blücher las recobró para echarlas en un rincón.

Una de las cosas que digo yo con más frecuencia en el mundo es: "¿y para qué?"

Solo he visto en toda esta degradación dos tumbas un poco respetadas y en algunas partes sacudido el polvo: los cenotafios de los condes Schauenbourg. Los dos condes de Schauenbourg son una de esas parejas que parecen haber sido previstas por Virgilio. Los dos han sido hermanos, los dos fueron arzobispos de Colonia, los dos han sido enterrados en el mismo coro, los dos tienen magníficos sepulcros del siglo diez y siete, levantados frente por frente el uno del otro. Adolfo mira á Antonio.

Para ocuparme en algun detalle he omitido hasta aquí, á propósito, la construcción más venerada que contiene la catedral de Colonia, el famoso sepulcro de los tres Magos. Es una espaciosa cámara de mármol de todos colores cerrada por espesas verjas de cobre; arquitectura híbrida y extravagante, en la que los estilos de Luis XIII y Luis XV confunden su coquetería y su pesadez. Está situada detrás del altar mayor en la capilla culminante del ábside. Tres turbantes mezclados en el dibujo de la reja principal hieren desde luego la vista.

Al levantar los ojos se vé un bajo-relieve representando la Adoración de los Magos, y al bajarlos se lee este mediano dístico:

*Corpora sanctorum recubant hic terna magorum.
Ex his sublaturum nihil est alibice locatum.*

Aquí se despierta en el espíritu una idea á la vez riente y grave. Allí yacen esos tres poéticos reyes de Oriente, que vinieron conducidos por la estrella, *ab Oriente venerunt*, y que adoraron un niño en un establo *et procedentes adoraverunt*.

Yo adoré á mi vez.

Confieso que nada en el mundo me encanta más que esa leyenda de las *Mil y una noches* intercalada en el Evangelio.

Me aproximé al sepulcro y á través de la reja, celosamente cerrada, detrás de un vidrio oscuro, apercibí en la sombra un grande y maravilloso relicario bizantino de oro macizo, deslumbrante de arabescos, perlas y diamantes, absolutamente como se entrevé á través de las tinieblas de veinte siglos, detrás de la sombría y austera red de las tradiciones de la Iglesia, la oriental y deslumbradora historia de los tres Reyes.

De los dos lados de la reja venerada salen del mármol dos manos de cobre dorado y entreabren cada una una limosnera, por bajo de las cuales el Cabildo ha hecho grabar esta provocación indirecta:

Et apertis thesauris suis obtulerunt ei munerera.

Frente al sepulcro arden tres lámparas de cobre, que la una lleva este nombre, *Gaspar*, la otra *Melchor* y la tercera *Baltasar*. Es una idea ingeniosa haber iluminado de cierto modo, delante de este sepulcro, los tres nombres de los tres Reyes Magos.

Cuando iba á retirarme, no sé qué punta horadó la suela de mi bota; bajé los ojos y era la cabeza de un clavo de co-

bre, hundido en una ancha losa de mármol sobre la cual caminaba. Me acordé, examinando esta piedra, que María de Médicis había querido que su corazón fuese depositado bajo el pavimento de la catedral de Colonia delante de la capilla de los tres Reyes.

Esta losa que pisaban mis pies cubre sin duda ese corazón.

En otra época había sobre esta losa, donde aun se distingue la huella, una lámina de cobre ó de bronce dorado, llevando, según la moda alemana, el blasón y el epitafio de la muerta, y para sujetarla servía el clavo que desgarró mi bota. Cuando los franceses ocuparon á Colonia, las ideas revolucionarias, y probablemente también algun calderero especulador, arrancaron esta plancha flordelisada, como además otras que la rodeaban, porque una infinidad de clavos de cobre, saliendo de las losas vecinas, atestiguan y denuncian muchas arrancadas del mismo modo. Así que, pobre reina! ella se vió primero separada del corazón de Luis XIII, su hijo; despues del recuerdo de Richelieu, su hechura; ahora héla aquí separada de la tierra.

La suerte tiene extraños caprichos! Esta reina María de Médicis, esta viuda de Enrique IV, desterrada, abandonada, indigente, como quedó, algunos años más tarde, su hija Enriqueta, viuda de Carlos I, fué á morir en Colonia en 1642, en la casa de Ibach Sterngasse, número 10, en la misma casa donde sesenta y cinco años antes, en 1577, Rubens, su pintor, nació.

La catedral de Colonia, vista de día, despojada de ese abultamiento fantástico que la tarde presta á los objetos y que yo llamo la *grandeza crepuscular*, me pareció, debo decirlo, que perdía un poco de su sublimidad. La línea siempre es bella, pero se perfila con alguna sequedad. Eso depende quizás del encarnizamiento con que el arquitecto actual revoca y mastica este venerable ábside.

Es preciso no pecar en el exceso de retocar las viejas iglesias. En esta operación, que rebaja las líneas queriendo fijarlas, se desvanece el vago misterio del contorno. Actualmente, como masa, prefiero el campanario bosquejado al ábside perfecto. De todos modos, no disgusta á algunos puristas, que quisieran hacer de la catedral de Colonia el Partenon de la arquitectura cristiana; no veo, sin embargo, ninguna razón para preferir esa cabecera de catedral á nues-

tras viejas Nuestras Señoras completas de Amiens, Reims, Chartres y Paris.

Confieso también que la catedral de Beauvais, que ha quedado asimismo en el estado de ábside, apenas conocida, muy poco ponderada, no parece inferior, ni por la masa ni por los detalles, á la catedral de Colonia.

La Casa Consistorial de Colonia, situada muy cerca de la catedral, es uno de esos maravillosos edificios-arlequines hechos de piezas de todos los tiempos y de retazos de todos los estilos, que se encuentran en los antiguos municipios, que se han construido ellos mismos, de la misma manera que sus leyes, costumbres y trajes.

El modo de formarse estos edificios y estos trajes es digno de estudio. Ha habido aglomeración más bien que construcción, crecimiento sucesivo, engrandecimiento caprichoso, usurpación de la vecindad; nada ha sido hecho según un plan regular y trazado de antemano; todo se ha producido á medida y según las necesidades surgían.

Así que la Casa Ayuntamiento de Colonia, que tiene probablemente alguna cueva romana en sus cimientos, no era por los años de 1250 más que un grave y severo edificio con ojivas como nuestra Maison-aux-Piliers; despues se comprendió que hacia falta una torre para tocar á rebato, para los alzamientos, para los vigías nocturnos, y el siglo catorce edificó una hermosa torre concejil y feudal á la vez; luego, en tiempo de Maximiliano, el soplo alegre del Renacimiento empezó á agitar los sombríos follajes de piedra de las catedrales, esparciéndose por todas partes un gusto de elegancia y de adorno; los regidores de Colonia sintieron la necesidad de decorar la casa, y llamaron de Italia algun arquitecto discípulo del viejo Miguel Angel, ó de Francia algun escultor amigo del jóven Juan Goujon, y así juntaron en su negra fachada del siglo trece un pórtico triunfante y magnífico. Algunos años despues creyeron conveniente añadir un paseo al lado del archivo, y construyeron un encantador patio interior con galerías formando arcos, suntuosamente adornado de blasones y bajo-relieves, que ví, y que dentro de dos ó tres años nadie verá, porque lo están dejando arruinar. En fin, durante el reinado de Carlos V reconocieron que era necesaria una gran sala para las subastas, pregones y juntas de vecinos, y erigieron frente por frente de su torre y de

su pórtico un rico cuerpo de edificio de ladrillo y piedra, del más bello gusto y del más noble orden.

Hoy la nave del siglo trece, la torre del catorce, el pórtico y patio interior de Maximiliano, la sala de Carlos V, envejecidas á la vez por el tiempo, cargadas de tradiciones y de recuerdos por los acontecimientos, soldadas y agrupadas por el azar de la manera más original y más pintoresca, forman la Casa Consistorial de la ciudad de Colonia.

Sea dicho de paso, amigo mio, como producto de arte y como expresion de la historia, esto vale un poco más que esa fria y descolorida fábrica, bastarda por su triple delantera, rellena de arquivoltas; bastarda por la económica y mezquina monotonía de su ornamentacion, donde todo se repite y donde nada brilla; bastarda por sus techos truncados sin crestas y sin chimeneas, en la que albañiles vulgares estropean hoy, á la faz misma de nuestra buena ciudad de Paris, la deliciosa obra maestra del Bocardor.

Somos una gente especial; dejamos demoler el palacio de la Tremouille y edificamos ese edificio. Sufrimos que señores que se creen y se llaman arquitectos bajen disimuladamente dos ó tres piés, es decir, desfiguren completamente, el precioso techo agudo de Dominico Bocardor, para aparejarlo ¡ay de mí! con las horribles cubiertas aplanadas que ellos han inventado. ¿Seremos siempre el mismo pueblo que admira á Corneille y que le hace retocar, podar y corregir por M. Andrieux?

Volvamos á Colonia.

Subí á la torre, y allí, bajo un cielo gris y pesado, que no dejaba de estar en armonía con esos edificios y con mis pensamientos, ví á mis piés toda esa admirable ciudad.

Colonia sobre el Rhin, como Rouen sobre el Sena, como Amberes sobre el Escalda, como todas las ciudades apoyadas en una corriente de agua demasiado ancha para ser fácilmente vadeada, tiene la forma de un arco extendido, cuya cuerda la forma el rio.

Los techos son de pizarra, apretados unos contra otros, puntiagudos como naipes doblados; las calles son estrechas, los aleros son tallados. Una curva rojiza de murallas y fosos de ladrillo, que reaparece por todos lados encima de los techos, ciñe la ciudad como un cinturón abrochado al mismo rio, hácia abajo por la torrecilla Thurmchen, hácia arriba

por esa soberbia torre Bayenthurme, en cuyas almenas se alza un obispo de mármol que bendice el Rhin. De la Thurmchen á la Bayenthurme la ciudad extiende por la línea del rio una legua de ventanas y fachadas. Hácia la mitad de esta larga línea un gran puente de barcas, graciosamente encorvado contra la corriente, atraviesa el rio, demasiado ancho en este sitio, y va á unir á la otra orilla á ese vasto haz de edificios negros que es Colonia, Deuz, pequeño bloque de casas blancas.

En la parte maciza de Colonia, en medio de los tejados, torrecillas y boardillas llenas de flores, suben y se destacan los remates variados de veintisiete iglesias, entre las cuales, sin contar la catedral, cuatro majestuosas iglesias romanas, cada una de dibujo diferente, dignas por su grandeza y su belleza de ser todas catedrales, San Martin al Norte, San Gereon al Oeste, los Santos Apóstoles al Sur y Santa María del Capitolio al Este, se incorporan como enormes nudos de ábsides, torres y campanarios.

Si se examina en detalle la ciudad, todo vive y palpita; el puente está cargado de transeuntes y de coches, el rio está cubierto de velas, la playa está bordada de mástiles. Todas las calles hormiguean, todas las ventanas hablan, todos los techos cantan. Aquí y allá, verdes espesuras de árboles acarician dulcemente esas negras casas, y los viejos palacios de piedra del siglo quince mezclan á la monotonía de los techos de pizarra y las fachadas de ladrillo su largo friso de flores, frutos y follajes esculpidos, en los cuales van las palomas á posarse alegremente.

Alrededor de este gran municipio, comerciante por su industria, militar por su posicion, marino por su rio, se extiende y ensancha en todos sentidos una vasta y rica llanura que se deprime y pliega por el lado de Holanda, que el Rhin atraviesa de parte á parte, y que corona, al Nordeste de sus siete cumbres históricas, ese nido maravilloso de tradiciones y leyendas que llaman las Siete Montañas.

Así la Holanda y su comercio, la Alemania y su poesía, se levantan como los dos grandes aspectos del espíritu humano, lo positivo y lo ideal, en el horizonte de Colonia, ciudad de negocios y sueños á la vez.

Al bajar de la torre me paré en el patio delante del admirable pórtico del Renacimiento. Le llamaba ahora mismo

pórtico triunfante: debí haberle llamado pórtico triunfal, porque el segundo piso de esta exquisita composicion está formado de una serie de pequeños arcos de triunfo unidos como arcadas y dedicados, por inscripciones del tiempo, el primero á César, el segundo á Augusto, el tercero á Agrippa, el fundador de Colonia (*Colonia Agrippina*); el cuarto á Constantino, el emperador cristiano; el quinto á Justiniano, el emperador legislador, y el sexto á Maximiliano, el emperador viviente.

Sobre la fachada, el escultor-poeta cinceló tres bajo-relieves, que representan los tres domadores de leones, Milon de Crotona, Pipino el Breve y Daniel. En las dos extremidades colocó á Milon de Crotona, que derribaba los leones por la potencia de su cuerpo, y á Daniel, que los sometia por la potencia del espíritu; entre Daniel y Milon, como un lazo natural, teniendo á la vez del uno y del otro, colocó á Pipino el Breve, que atacaba las fieras con esa mezcla de vigor físico y de vigor moral que constituye al soldado. Entre la fuerza pura y el pensamiento puro, el valor; entre el atleta y el profeta, el héroe.

Pipino tiene la espada en la mano, el brazo izquierdo envuelto en su manto y metido en la boca del leon; el leon, con las garras y mandíbulas abiertas, está levantado sobre sus patas traseras en la formidable actitud de lo que la heráldica llama el leon rampante; Pipino le hace frente con valor; combate. Daniel está de pié, inmóvil, con los brazos caidos y los ojos mirando al cielo, mientras que los cariñosos leones ruedan á sus piés; el espíritu no lucha, triunfa. Cuanto á Milon de Crotona, cogido por los brazos al árbol, lucha; el leon le devora; es la agonía de la presuncion inteligente y ciega, que fia en sus músculos y en sus puños; la fuerza pura es vencida.

Estos tres bajo-relieves tienen una gran significacion. El último es de un efecto terrible. No sé qué idea espantosa y fatal se desprende, sin intencion quizá por parte del escultor, de ese sombrío poema. Es la naturaleza que se venga del hombre, la vegetacion y el animal que hacen causa comun, la encina que viene en ayuda del leon.

Desgraciadamente arquivoltas, bajo-relieves, entablamentos, impostas, cornisas y columnas, todo ese bello pórtico está restaurado, rascado, rellenas con argamasa las juntas de los sillares y

revocado con la más deplorable limpienza.

Cuando iba á salir de la Casa Ayuntamiento, un hombre, envejecido más bien que viejo, degradado más bien que encorvado, de aspecto miserable y de apostura orgullosa, atravesaba el patio. El conserje que me acompañó á la torre hizo fijarme en él. Ese hombre es un poeta que vive de sus rentas en las tabernas y hace epopeyas. Su nombre, por supuesto, es perfectamente desconocido.

—Ha hecho, me dijo mi guia, que le admiraba mucho, epopeyas contra Napoleón, contra la revolucion de 1830, contra los románticos, contra los franceses, y últimamente ha escrito otra invitando al arquitecto actual de Colonia para que continúe la iglesia en el género del Panteon de Paris.

Epopeyas, sea enhorabuena. Pero este hombre tiene una suciedad extravagante. En mi vida habia visto un hombre menos limpio. No creo que tengamos en Francia nada comparable á este poeta épico.

En revancha, pocos instantes despues, en el momento que atravesaba no sé qué calle estrecha y oscura, un viejecito de mirada viva salió bruscamente de una barbería y se llegó á mí, gritando:

—Capallero! capallero! locos franceses! oh! franceses! ran! plan! plan! ran! tan! plan! guerra á todo el mundo! Prafos! prafos! ¿Napoleon no es este? Guerra á toda Europa! oh! franceses! pien, prafos! capallero! ¡Payoneta contra todos estos prisianos! jesgrimidla como en Jena! Prafo, franceses! ran! plan! plan!

Confieso que la arenga me agradó. Francia es grande en los recuerdos y en las esperanzas de estas nobles naciones. Toda esta orilla del Rhin nos ama; casi se puede decir que nos espera.

Aquella noche, cuando las estrellas comenzaban á iluminarse, me paseé por el otro lado del rio, en la playa opuesta á Colonia. Tenia ante mí toda la ciudad, cuyos innumerables tejados y negros campanarios se recortaban con todos sus detalles en el pálido cielo crepuscular. A mi izquierda se levantaba, como el gigante de Colonia, la alta flecha de San Martin con sus dos torrecillas abiertas sin ningun maderámen. Casi enfrente de mí, el sombrío ábside-catedral, endeerezando sus mil cimbalillos agudos, figuraba un erizo monstruoso, agachado en la márgen del agua, y en el que la grua del campanario parecia formar la cola, y dos reverberos encendidos hácia la par-